

Exposición de Arquitectura alemana en Madrid

Hermann Mäckler

Se va a inaugurar en Madrid una Exposición de la arquitectura que hoy se está haciendo en la Alemania occidental. Después de las grandes pruebas que los germanos están pasando, acusadas en la arquitectura posiblemente con más intensidad que en otras actividades, es del mayor interés esta Exposición, que muestra al mundo—acaba de celebrarse en Londres—el quehacer de las jóvenes e inéditas generaciones de arquitectos alemanes que han relevado a grandes maestros de la arquitectura actual, hoy desaparecidos o trabajando en otros países.

Es difícil cumplir la tarea de proporcionar a las personas que viven fuera de Alemania, un cuadro claro de la actual arquitectura alemana sin exponer a grandes rasgos las condiciones bajo las cuales se ha originado y sigue originándose.

Alemania estuvo en un tiempo a la cabeza del movimiento de la nueva arquitectura, con Mies van der Rohe, Pölzig, Gropius, Behren, Tesenow, Mendelsshn, May, que enseñaban y construían en su patria.

Se impone la pregunta de hasta qué punto se han mantenido los impulsos de aquellos años, a través de una época que ha difamado apasionadamente la nueva arquitectura, que incluso llegó a prohibirla, y si aquellos impulsos han podido seguir vibrando, aunque no fuese más que con la mínima intensidad, allí donde se les ha privado de todo ambiente.

Ahora bien: en aquellos tiempos existió también un terreno reservado, en el que apenas intervinieron los gobernantes, que incluso éstos favorecieron en muchos puntos. Este terreno fué el de la construcción de edificios industriales, en que ar-

quitectos jóvenes y de edad madura actuaron desembarazadamente y con mayores medios de los que dispusieron en los años de crisis de hacia 1930.

Este reducido grupo de arquitectos estaba predestinado para la reconstrucción. Dicho grupo estuvo, desde luego, maniatado en los años que siguieron inmediatamente a la segunda guerra mundial. Para patentizarlo nos basta con esbozar con unas cuantas palabras contundentes la situación material de Alemania en los años de 1945 a 1948. El cuadro de aquellos días era hambre y enfermedades, destrucción de casi todas las ciudades e industrias importantes, desgarramiento de la unidad del Estado, despreocupado, o incluso sistemático entorpecimiento de la iniciativa, afluencia de refugiados en el orden de por encima de los diez millones de personas, y sobre todo ello una moneda completamente destrozada.

Por desesperado que haya podido ser aquel tiempo, en el campo espiritual lo fué todo menos resignado. En lo que concierne a la preparación de la actividad construc-

tora, se estudiaron entonces, con intensidad rayana en la utopía, los fundamentos sociológicos de la nueva sociedad, las cuestiones referentes al sistema futuro de la propiedad, la investigación de la organización y forma de la nueva arquitectura.

Con la estabilización de la moneda alemana, en el año 1948, salió la arquitectura del estadio de la teoría para pasar directamente a una rápida fase de desenvolvimiento práctico. *Construir* significaba por de pronto *proyectar*, significaba sobre todo *planificación urbanística*. El espacio a que esta planificación tenía que afectar no podía ser, empero, la superficie intacta de la cintura exterior de las ciudades, sino que más bien era su núcleo interno. Había que planear y reconstruir de nuevo las partes destruidas de las ciudades alemanas, que estaban sepultadas bajo la terrible carga de millones de metros cúbicos de escombros, pero que, de otra parte, encerraban los valores nada despreciables de las viejas canalizaciones de toda especie. Para afrontar el tráfico motorizado, que

amenazaba con aumentar rápidamente, se hubieran precisado medios que ofreciesen una ayuda efectiva para construir totalmente de nuevo las instalaciones urbanas. Pero en el caso de las ciudades alemanas, estas nuevas construcciones tenían que ser "empotradas" en partes nuevas de las ciudades, que lindaban directamente con las partes antiguas no destruidas. En estas zonas de sutura están situados todavía hoy los estrechamientos que comprimen el tráfico en las ciudades alemanas. Sólo muy raramente, y con máximo gasto material, se ha podido hasta ahora solucionar real y definitivamente este problema.

Otra cuestión fundamental de la construcción de ciudades, la de descongestionar los barrios, era de solución no menos difícil. Derechos de propiedad concedidos por la ley cerraban el paso al ideal de construir en grandes espacios abiertos, con las felices consecuencias que esto implica para el saneamiento interno de las ciudades. El urbanista, forzado por los imperativos de su materia a pensar en conceptos de amplitud de superficie, tenía que contar muchas veces con un sinnúmero de solares pequeños o exiguos, casi siempre de propiedad particular.

Pese a estos inconvenientes se ha

conseguido, sin embargo, en muchas ciudades alemanas realizar un urbanismo por lo menos saludable. Esto ha sido posible en unos sitios por una legislación inteligente; en otros, por la inteligente comprensión de los propietarios. No se debe medir este urbanismo, que tiene más carácter de saneamiento que de organismo urbano completamente nuevo y proyectado de una vez, con las escalas que imponen las concepciones modernas. No se le puede tampoco comparar con los ejemplos, que, por otra parte, son evidentemente raros, de organismos urbanos completamente nuevos.

Si lo expuesto hasta aquí ha tratado de las condiciones que debe cumplir el urbanismo, la construcción en sí misma, la arquitectura, es de un interés todavía mayor, puesto que es lo visible, lo palpable. Si nos referimos a la calidad de la arquitectura alemana en sentido material, podemos decir que, por lo menos respecto a los primeros tiempos de la reconstrucción, es válido el antiguo principio de que el enemigo de la calidad es la cantidad. Existía incontestablemente la necesidad de construir mucho y pronto. Las manifestaciones urbanísticas, que en este o en aquel sitio no resultan satisfactorias para quien tiene el sen-

tido de la calidad, podrán ser ciertamente mejor juzgadas por los tiempos venideros.

Sobre todo en las ciudades con una antigua tradición, pronto surgieron fuerzas exigiendo una arquitectura convencional, a menudo, incluso la fiel reconstitución de lo que antes existía. Estos grupos sólo han impuesto su criterio en casos aislados y con el alcance más reducido.

Pero todas estas salvedades no pueden ocultar el hecho de que en Alemania alienta el espíritu de la nueva arquitectura. Lo mismo en la teoría y en la práctica de las escuelas de arquitectura, que en los fallos de los grandes concursos de obras arquitectónicas, que en los ejemplos prácticos de las edificaciones hechas, por doquier se encuentran realizadas las nuevas ideas decisivas: mantenimiento de espacios abiertos en los parajes amenazados de congestión, mezcla de los tipos de construcción, de la casa de varios pisos y de la edificación baja, búsqueda del sol y de la Naturaleza, aligeramiento de las plantas a base de un estudio de las funciones. A los procesos internos se adapta la forma externa. Aplicando y ensayando nuevas técnicas y materiales se han logrado acogedoras y claras construcciones. Lo que más llama la



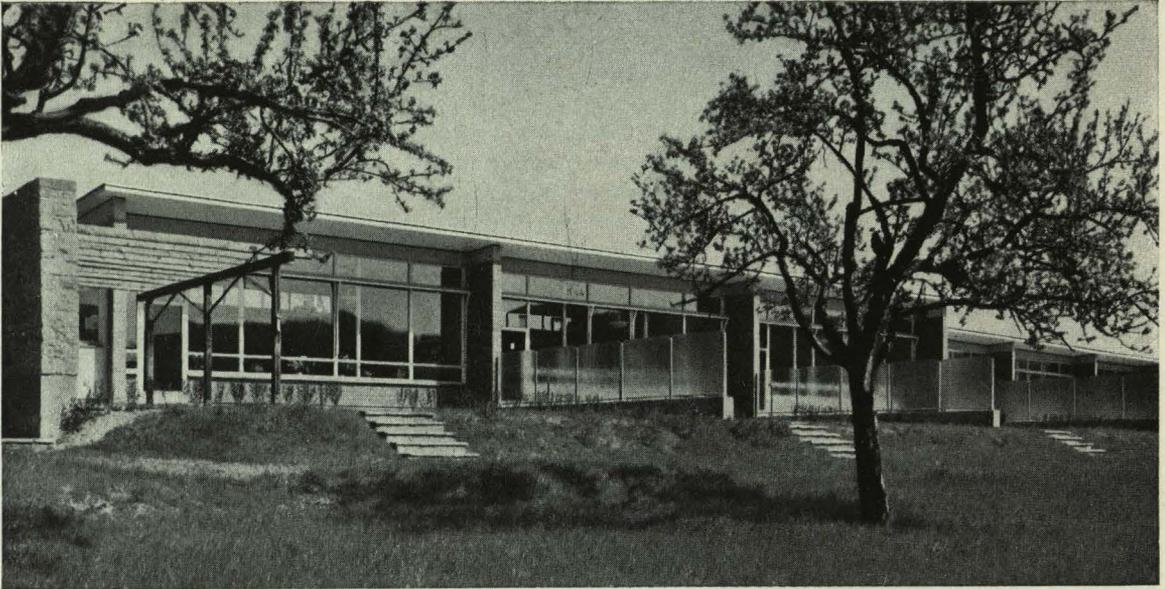


atención en ellas es su propiedad peculiar de sacar vida de los más fuertes contrastes, así como también de su claridad. Especialmente en el desenvolvimiento más reciente se percibe el alejamiento del blanco, que en los primeros tiempos se exigía tan dogmáticamente, y el cultivo de colores bien armonizados.

A pesar de que la construcción de viviendas ha experimentado un aumento insospechado—en 1949 se

construyeron unas 215.000 viviendas; en 1954, 541.000—, lo que más llama la atención a los extranjeros que visitan a Alemania son los grandes edificios. En el centro de las grandes ciudades alemanas se han erigido en gran número edificios para oficinas, Bancos, escuelas, etc. Pero precisamente en este campo apenas se observarán formas con la sola finalidad representativa. La claridad en la expresión de las formas son las

características de estas obras. Aunque tal vez no sorprenderá encontrar expresadas en la forma externa de las mismas sus funciones internas, hay otro fenómeno que tiene, sin embargo, una significación sintomática, a saber, que edificios para uso del Estado, de los Municipios y de la iglesia son construídos igualmente según estos principios. Sobre todo aquí se ha iniciado un desenvolvimiento halagüeño que ha sustraído a la ar-



quitectura a la antigua disputa de las escuelas, que cierra el foso amenazador que había existido hasta ahora entre la realidad de la vida moderna y la representación de la misma en la obra arquitectónica.

El arquitecto, al desarrollar en la construcción las ideas de los filósofos, ha reconocido la gravedad de su tarea. Sabe que no se presta una efectiva contribución a la vida adoptando simplemente nuevas formas externas. En las mejores obras de la nueva arquitectura alemana

se percibe la preocupación y el cuidado en torno al hombre. Se tiene la esperanza de salvaguardarle frente a la amenaza de nivelación, interesándose íntimamente en su destino cuando se trata de construir para él. Así se le proporcionará ámbito personal al individuo. Cuando, tras haber construido grandes bloques de viviendas, se fomenta por todos los medios la construcción de casas que no albergan más que una familia, cuando, en la construcción de escuelas, se cuida de crear espacios que

sean verdaderamente manejables para el hombre, o si vemos desaparecer, en la construcción de iglesias, el tipo catedral, para dar lugar a la pequeña iglesia parroquial... Todo prueba que existe una preocupación por si la aplicación incontrolada de medios arquitectónicos modernos no pudiese tener consecuencias nefastas para el hombre. Junto a las tareas que se les han encomendado, los mejores arquitectos alemanes contemplan una nueva: La vigorización de la individualidad.

